

FRANCISCO DE MIRANDA Y EL PUERTO DE LA CRUZ (*)

Elfidio Alonso Rodríguez (**)

Como no podía ser menos a medida que se conoce la magnitud de la catástrofe venezolana provocada por el desbordamiento de los fenómenos naturales, la sensibilidad canaria se agudiza, tomando como cosa propia la desgracia del país hermano. En realidad, nos afecta a todos y raro es el canario que no ha ido a Venezuela o no tiene familia allá; y el venezolano a quien deje de atarle un lazo familiar con un isleño. Nos debemos demasiado los unos a los otros. Hacer esa cuenta es aplicar la tontería a la evidencia; en cambio, fomentar lo que representan las analogías culturales, me parece una cooperación con el sentido común.

Ahora que el canario siente inclinaciones a ser grande y necesidad de ser importante, buscando todo género de antecesores que puedan darle lustre, ya sean nacidos aquí o aclimatados y adaptados a la flora y fauna del "Jardín de las Hespérides", será necesario que se pierdan las mañas imperantes en algunos siglos de hipocresía y conformismo, que en el dos mil caen como si fueran pantalones huyendo de la humedad.

Días pasados he leído en uno de nuestros periódicos una noticia que sin grandes aspavientos anunciaba: Convenio ente el IEHC y la ULL para crear la cátedra "Francisco de Miranda". Poco ducho en siglas y abreviaturas, me pregunté quienes serían estos desconocidos que se ocupaban culturalmente del conocido precursor de la independencia del Continente Hispanoamericano -"lo que se produjo en el Norte, decía él ¿porqué no puede repetirse en el Sur?"- Al prestar atención a la fotografía que acompañaba el suelto enunciado, comprendí que el extraordinario personaje había caído en buenas manos, pues un afectuoso apretón de manos sellaba el compromiso de los señores José Gómez

(*) En: *Diario de Avisos*, Santa Cruz de Tenerife, p. 8 (Acotaciones de Ayer y de hoy. Sección: Opinión, 30 de enero de 2000).

(**) Distinguido médico, investigador y periodista, viudo de la insigne historiadora mirandista doña Josefina Rodríguez de Alonso.

Soliño, rector de la Universidad de La Laguna y Nicolás Rodríguez, presidente del Instituto de Estudios Hispánicos de Canarias, en presencia del alcalde portuense, Salvador García. El convenio en cuestión es el de promover la cátedra de Estudios Americanos, que llevará el nombre de “Francisco de Miranda”.

Redimir esta gran figura representativa del Siglo XVIII, sacándolo del contexto de los malditos de la Inquisición y dándole el lugar privilegiado que le corresponde en la cultura española, tiene que ser tarea imprescindible del acervo cultural de nuestro tiempo. Sé bien lo difícil que es, hasta abordar el problema, en la historiografía española y también en el cenáculo hispanoamericano, tributario de los usos y costumbres de la Metrópoli desde la Conquista. Afortunadamente para la interpretación de lo que entendemos como verdad histórica, los de allá se han ido sacudiendo los artículos heredados, gracias a una manera distinta de digerir la influencia cultural de otros países; aquí, por el contrario, poseemos la llave de la arcana, que sigilosamente nos permite la aguda mirada por sobre el hombro, un tanto compasiva. Pero no importa, donde menos se espera salta la liebre, por lo cual no siempre hay que buscarla en los claustros de las abadías o en los lejos conventos. Además de la historia sagrada, existe la historia que existió Francisco de Miranda cuenta mucho de ella y también la vivió y la hizo. Fue uno de los grandes memorialistas de su tiempo. Si el que su padre naciera y viviera en el Puerto de la Cruz, influyó biológicamente en su genio y ventura, la bella y simpática ciudad del norte de Tenerife, como todo el Archipiélago canario y la nación española, tienen que sentirse orgullosos porque la estirpe de un hombre de esa categoría tenga raíces procedentes de las faldas del Teide.

El cosmopolita Puerto de la Cruz, está moralmente obligado a poner en pie, y no en un pedestal cualquiera, la figura de uno de los grandes protagonistas del Siglo de las Luces, como bautizó el cubano Carpentier, no sé si en esa frase original o traducida, la centuria dieciochesca que culminó en la Revolución Francesa y las guerras napoleónicas. Nadie debe darse por ofendido si señalo que una figura de esa envergadura exige que la casa solariega de su padre sea algo más significativa que un lugar culinario, aunque todo sirva para atracción del turismo. Al decir que nadie se ofenda por lo que digo, es porque se suponga que mi señalamiento implica una diatriba; pues conociendo el “afair” Miranda como lo conozco, dejaría de conocerlo si atribuyera a los “porteños” -perdón por el argentinismo, que empleo por mor de la moda cosmopolita-indiferencia por sus ancestros o desdén por sus sucesores. Más bien creo que les ha ocurrido lo que a todos; no nos han enseñado a conocer. La cátedra anunciada, motivo de estas acotaciones, será la campanada de mucha gente que sentirá el tañido que despierta la curiosidad. Sin ningún reparo les digo: Los 63 tomos del voluminoso archivo, coleccionado y encuadernado por él

son una auténtica enciclopedia universal, cuyo autor trasmite la pasión de estar viviendo la historia.

Ese archivo contiene, además de constituir una gigantesca autobiografía de Francisco de Miranda, un importante instrumento para la Europa que le fue contemporánea. Sus viajes por Estados Unidos y Europa (1783-1789) lo convierten en uno de los primeros memorialistas de su tiempo. Es un diario que se desliza como una cinta cinematográfica, la vida cotidiana, la social, la política y cultural de la época, y la presencia de multitud de personajes internacionales; así como los tipos con color local, como postillones de carruajes, dueños de posadas, cortesanos de la realeza europea, hermosas mujeres, científicos, pintores, escultores, altos jefes militares... Y como telón de fondo, paisajes que van desde las montañas de Noruega a las estepas de Crimea pasando por el nacimiento del Rin en Suiza, y también palacios, históricos campos de batalla, catedrales, prisiones y hospitales, museos y bibliotecas, universidades, arsenales, fortalezas militares, etcétera. Creo haber dicho en artículos y extractos de conferencias, escritos y pronunciados en Francia, en Venezuela, en Madrid, en el país Vasco y en La Laguna, que los largos viajes del general Miranda, antes y después de su generalato en la Revolución Francesa, que mi esposa la historiadora venezolana Josefina Rodríguez de Alonso, y yo, nos propusimos recorrer el itinerario mirandino y visitar todos los lugares que él señaló. La experiencia duró desde 1964 a los primeros años setenta, en que Josefina publicó en París "Le siècle des lumières conté par Francisco de Miranda", edición de France-Empire en 1974 y editado en Caracas en 1978, por la Presidencia de la República y traducida al castellano por su autora. Mi objeto en esta acotación es decir, poco más o menos, lo poco que se conocía sobre la auténtica personalidad del Precursor. Mejor que cuanto pueda sintetizar lo dice Josefina en el prólogo de su último libro: **Miranda y sus circunstancias** publicado en Caracas en 1982, por la Academia Nacional de la Historia. Dice en su presentación: "Otro libro más sobre Miranda, dirán muchos. Sí, señor, otro libro sobre Miranda y son numerosos los que faltan, para llegar a captar en su totalidad, las múltiples y diferentes facetas que forman su extraordinaria personalidad".

Me propongo llamar la atención lo más que pueda sobre este joven de 21 años, súbdito español y criollo venezolano descendiente de un canario de Puerto de la Cruz, sobre el que el ilustre historiador Parra Pérez ha dicho la frase tajante: "es, quizás el personaje histórico de quien se hayan dicho más mentiras": A desmontar algunas me dedicaré en la segunda parte de las acotaciones.

FRANCISCO DE MIRANDA Y EL PUERTO DE LA CRUZ (*) PARTE 2

La primera vez que pisé tierras de Venezuela, en la primavera de 1940, mis conocimientos sobre el general Francisco de Miranda eran las de un español medianamente ilustrado sin estudios específicos de historia patria y con escaso conocimiento del mundo americano. Si los hubiera tenido, me hubiera sido difícil apartarme del axioma, enseñado por aquellos tiempos, de que Francisco de Miranda fue un desertor y un traidor.

Si bien desde que llegué a la República Dominicana me preocupé en estudiar cuanto me parecía útil al conocimiento del medio en que tendría que desenvolverme, los textos a mi disposición no me liberaban de la tutela de don Marcelino Menéndez Pelayo. Una vez que llegué a Caracas, sabía de Miranda lo que sabía la generalidad de los venezolanos que sabían; o sea, que fue precursor de la independencia; que viajó por Europa en plena aventura amorosa, siendo la más conocida la que mantuvo con la Emperatriz Catalina de Rusia; que estuvo en negociaciones con el ministro inglés William Pitt, que vivió muchos años en Londres; que su nombre figura en el Arco del Triunfo de París; que fracasó cuando la expedición "Leander"; que no supo defender la existencia de la Primera República y que murió en La Carraca. Aunque todavía, al principio de los años cuarenta, se estaba en plena teología bolivariana, llamaba la atención que existiera en aquel Estado, uno con el nombre de Miranda, así como plazas y vías con el nombre del precursor, "que no supo conservar la primera República".

Si bien en aquella época a los refugiados intelectuales españoles se les permitía la entrada en Venezuela con cuentagotas, los Pi Suñer, Azcárate, Sánchez Covisa y algunos más de su estirpe intelectual penetraron la costra dura del gomecismo, ablandando los prejuicios "antirrojos" del presidente, el paradójico general López Contreras, sucesor del feroz Juan Vicente Gómez y hombre con atisbos progresistas.

El caso fue que se fundó en Caracas la Casa de España, atrayendo a su seno a cuantos españoles no nos dedicábamos fundamentalmente al comercio.

Allí nos dio una conferencia el historiador venezolano señor Cova -creo que se llamaba Moisés- sobre el general Miranda, con motivo de presentar su reciente biografía; libro bastante detallado del mirandismo en lo que tiene de

(*) En: *Diario de Avisos*, Santa Cruz de Tenerife, p. 8 (Acotaciones de Ayer y de hoy. Sección: Opinión, 6 de febrero de 2000)

desarrollo de los lugares comunes hasta entonces conocidos de la andadura del personaje, siempre prisionero, como luego se ha visto, del sistema teológico bolivariano, del que no es culpable el Libertador (Dios y las Iglesias no van siempre por el mismo camino) De la conferencia y del libro aprendí mucho, pero cuando, un año más tarde, camino de México, abandoné Venezuela, otras eran mis preocupaciones.

Fue preciso llegar al año 48 para darme de cruces con la historia y la cultura venezolana. Conocí casualmente en París a un grupo de mujeres venezolanas de formación cultural francesa, que venían a Europa, como todo americano pudiente, a ver como había quedado. Los años de la guerra civil española y la conflagración universal revolucionaban el sentir del Universo. Entre esas venezolanas sobresalían, por su cultura poco común, Gloria Stolk y Josefina Rodríguez Machado. Gloria era ya columnista en los periódicos "El Universal" y "La Esfera" de Caracas, y a Josefina, señorita de la burguesía caraqueña, no le había pasado por la mente escribir en los periódicos, pero sabía mucho. Descendiente de alemanes por su madre en segunda generación, su padre provenía de Rodríguez España, ejecutado en Venezuela como primer rebelde en contra de los mantuanos. Lo curioso del caso es que las dos eran amigas del grupo de estudiantes, emigrados, o en las cárceles enfrentados al gomecismo. En largas conversaciones con ellas volvía a adentrarme en una Venezuela que en los últimos años había sufrido transformaciones notables, y si traigo aquí cuestiones apartadas del conocimiento de Francisco de Miranda es para explicarles a los canarios, mis lectores de ahora, cómo llegué a conocer en toda su magnitud al extraordinario personaje, que ha ocupado en mi larga vida muchos años de dedicación. Harían falta docenas de artículos de esta extensión para abarcar las múltiples facetas de uno de los mejores memorialistas del siglo XXVIII. Hijo de canario del Puerto de La Cruz, para mi objetivo en estas acotaciones, me sirve fijar los primeros albores de su juventud en la ciudad de Caracas, corazón del imperio español, que en aquel entonces -1750, fecha de su nacimiento- la religión ejercía una influencia considerable y la ciudad estaba consagrada a la Virgen María y las calles de la ciudad mariana ostentaban los nombres de los santos personajes de la corte celestial. El joven Francisco, que pasó su infancia y adolescencia en un ambiente austero, hace sus "estudios" de arte -estudios que comprendían un curso completo de filosofía aristotélica- en la Real y Pontificia Universidad de Caracas, fundada por Felipe V. Mientras transcurren estos hechos culturales del hijo, su padre, don Sebastián de Miranda, emigrante isleño, ha adquirido prosperidad económica y respetabilidad social, siendo nombrado capitán de un batallón de milicias de blancos, suscitando el nombramiento una violenta oposición entre mantuanos criollos, que reprocharon al recién nombrado haber obtenido su fortuna en el comercio de tejidos. A pesar de los esfuerzos de don Sebastián para demostrar la limpieza de sangre y la antigüedad de su familia, la oposición mantuana no cedía, y hasta

tuvo que intervenir el Rey ordenando que se respetarán las prerrogativas militares del capitán son Sebastián de Miranda. La desagradable y polémica situación afectó mucho a su hijo, que no olvidó nunca la intervención de Carlos III a favor de su padre.

Este asunto le incita a alejarse de ese ambiente pacato y provinciano, dominado por prejuicios de cásta, y decidió embarcarse para España a servir en el ejército real.

De la Caracas colonial al Madrid de Carlos III, es el título del capítulo del libro de Josefina Rodríguez de Alonso: "Le siècle des lumières conté par Francisco de Miranda", libro que cito, no porque la autora fuera mi esposa, sino porque es de fiar.

Como escribió el doctor José Luis Salcedo-Bastardo, eminente historiador venezolano de reconocido prestigio en el prólogo de la edición española de 1977, cuando él era ministro de la Presidencia de la República..., "me es particularmente honroso consignar aquí, una vez más, mi aplauso muy franco, entusiasta y cordial a la escritora Rodríguez de Alonso, miembro correspondiente de nuestra Academia Nacional de la Historia, insigne Consejera Cultural de la Embajada de Venezuela en Francia y autora laureada con dos consagraciones ganadas en París: El Premio "Senghor", otorgado por el ilustre Presidente de Senegal, para obras en francés de autor extranjero, que sirvan a la amistad y relación entre las culturas; y el Premio "Sevigne", entregado por el Circulo de Escritores Europeos de la capital francesa a libros con proyección en todo el viejo Mundo. También ha sido premiado este volumen con la Medalla de Oro de la Academia Internacional de Lutecia en Francia.

Me falta espacio para enumerar las mil vicisitudes del ciclo mirandino en su aventura militar y de la lucha con el Santo Oficio. Me parece más útil para el lector, a vuelapluma, extraer algunos párrafos del prefacio del comentado libro, hecho por el señor Edmond Giscard D'Estaing, del Instituto de Francia.

"Miranda es un personaje extraordinario, y su vida, una verdadera novela de aventuras. Nace en Venezuela en 1750, en pleno dominio colonial español. Se alista en los ejércitos del Rey de España, y sirve en Madrid y en La Habana. Luego, a consecuencia de calumniosas acusaciones, abandona su país en 1783 y desembarca en Carolina del Norte. Es el comienzo de un exilio que va a durar un cuarto de siglo. Los Estados Unidos de América acaban de obtener su independencia y Miranda se entusiasma por esos hombres de sencillas costumbres que saben muy bien convertirse en héroes. Los verá a todos, sin exceptuar a Washington. Muy pronto ese criollo, consciente de que el mundo es más vasto y más complejo que ese nuevo país, decide recorrerlo, emprendien-

do el "Gran Tour", que efectúa, en esa época, todos los hombres que aspiran el nuevo aire de la libertad.

Después de pasar por Londres. Miranda se embarca para Holanda, el 10 de agosto de 1785. Tiene treinta y cinco años y no regresará a Inglaterra hasta el 18 de junio de 1789. Y durante ese lapso ha llevado un diario completo y minucioso de su periplo de cuatro años, anotando todo lo que ha visto, oído y aprendido.

Es imposible resumir este cúmulo de informaciones, todas de primera mano. Las escenas se suceden evocadoras: la última parada militar animada por el Rey de Prusia; Haydn en el castillo de Esterhazy; el dogo de Venecia en el esplendor de sus ceremonias; un pobre ruso golpeado salvajemente con el Knut; las galerías de las minas de plata en Sala, etcétera.

Miranda visita cada país viviéndolo. Otros no han hecho más que atravesarlos.

Va a vivir sucesivamente en Holanda, en Westfalia, en Prusia, en Sajonia, en Bohemia, en Austria, en Trieste, en Venecia, en Módena, en Florencia, en Roma, en Ragusa, Nápoles... Pero son los países menos conocidos los que más le interesan. Después de Istanbul, el Bósforo. En septiembre de 1789 llega a Crimea, donde penetra en el gran imperio de Catalina II, siendo presentado en Kiev a la Emperatriz el 14 de febrero de 1787, la que le da toda clases de facilidades para que visite Moscovia. El 18 de agosto parte hacia Suecia, luego viene a Dinamarca, las ciudades anseáticas de Alemania, Bélgica, Dusseldorf, de donde remonta el Rin hasta Estrasburgo; de allí a Suiza. Un rápido viaje por Francia en noviembre de 1788, vuelve a Génova y regresó a París el 24 de mayo y regresa finalmente a su casa en Londres el 13 de febrero de 1789".

Si me he detenido en esta cronología es porque, vista retrospectivamente, produce vértigo. El brillo esplendoroso del mundo occidental de José II, de Catalina II, de Federico II, Gustavo III, ve levantarse el Telón de la Tormenta. Miranda lo ha descrito minuciosamente; de ahora en adelante será el héroe de lo que ha sido narrador. Pero eso no cabe aquí. El hombre de la Revolución Francesa, el que escapó del Terror, de los juicios de la Convención, de las persecuciones napoleónicas y afrontó las negociaciones con Inglaterra para lograr el apoyo prometido para la Independencia de su país; el mismo que volvió a Venezuela llamado por los mantuanos, en una expedición desdichada del bergantín "Leander", muchas veces traicionado por los suyos y abandonado en Coro cuando ponía sobre las playas la bandera de la Libertad y su cabeza se ponía a precio en Caracas. El mismo que cargó con la responsabilidad de la Primera República y cuando no era posible luchar contra el destino, una generación más joven, que tampoco podía hacer milagros, negoció con el enemigo

la entrega de su persona, que terminó en la prisión militar de la Carraca, cuando tenía preparada su fuga a Gibraltar, último episodio novelesco de su azarosa vida, a la que nunca le faltaron ayudas de mujeres y amigos. Pero, precisamente, el corazón le falló en el último trance.

Es posible que algún día vuelva sobre estos temas y estoy seguro que la gente del Puerto de la Cruz, que no tenga otras pistas que las someras que les doy, se sentirán orgullosas y complacidas con la figura del hijo de don Sebastián.